

9.- Ángeles de la Guardia, por Thierry Beauplet

En la tradición educativa menesiana, se encuentran expresiones sorprendentes, entre ellas, ésta: "Ser los ángeles de la guardia de los niños que nos son confiados." La fórmula no evoca muchas cosas, de buenas a primeras. Se refiere a la noción de ángeles de la guardia que ha pasado de moda, por lo menos. No es cierto que ha sido expresada por Juan-María de la Mennais así como así. ¡Poco importa! Esforzarse por actualizar esta expresión permite precisar algunos aspectos de la relación educativa menesiana.

Ilumina, primero, el tipo de presencia que Juan-María de la Mennais deseaba: una **presencia benévola casi permanente** cerca de los niños. No niega el carácter excesivo de dicha propuesta: "*Si se escucha los sentimientos y las impresiones de la naturaleza; no, lo repito, tal abnegación sobrepasa las fuerzas del hombre terrestre.*" (Sermones p. 2321) ¿Es posible pedir honradamente a un educador una presencia de este tipo? Más allá del asunto del derecho del trabajo, ¿es realista? La fórmula de Juan-María de la Mennais propone que nos dejemos interpelar. Invita a sus hermanos a situarse de otra manera: "*¿Qué es un hermano?... Ha recibido la sublime misión de enseñar a los niños la doctrina de la salvación, de ser el guardián de su inocencia, de dirigir sus primeros pasos hacia el cielo, de formarlos a la práctica de todas las virtudes que deben llevarlos. Un hermano es enviado, como Jesucristo mismo lo fue, para acoger las ovejas perdidas de la casa de Israel...*" (Sermones p. 2322) Las palabras bajo su pluma son claramente espirituales; se trata, como muchas veces en los escritos de Juan-María de la Mennais, de trabajar para la salvación de los jóvenes. Para conseguirla el hermano debe considerarse como un Enviado (es el significado etimológico de la palabra ángel) y como guardián. Cuando uno es enviado, es enviado por, enviado hacia y enviado para. Estas tres pistas pueden permitir, hoy, interrogarnos sobre la realidad de nuestras prácticas y sobre lo que les da sentido. Sin desconocer la realidad espiritual del contexto de Juan-María de la Mennais, el preguntarse puede, sin problemas, ser extendido al conjunto de nuestro contexto actual. Igual transposición con el término "guardián": ¿Cómo comprender hoy el *ser el guardián de su inocencia*? El guardián no es el vigilante sino el protector. ¿Estos niños y estos jóvenes de nuestra época necesitan realmente ser protegidos? En caso afirmativo, ¿de qué y cómo?

En su época, Juan-María de la Mennais no separaba las respuestas de orden espiritual de las demás de tipo societal. Bien sabía que para proteger a los niños y permitirles salvarse, era necesario ofrecerles las condiciones de una verdadera instrucción para escaparse de la pobreza y de la enajenación que deriva de ella. Quería que sus escuelas fueran excelentes porque el dominio del saber da la capacidad de juzgar y de elegir libremente tipos de vida coherentes, entrar en un verdadero camino de crecimiento. Pero una escuela de excelencia tiene el riesgo, y eso cualquiera que sea la época, de llegar a ser una fábrica para resultados deshumanizados si no se toma una precaución esencial: tener cuidado con la necesaria proximidad de corazón y de espíritu de los adultos con los jóvenes. Las condiciones son distintas según las épocas pero el principio es el mismo: **conocer para amar, amar para conocer.**

Las cualidades que se asignan tradicionalmente al ángel de la guardia pueden servir hoy como aguijón a los educadores que somos, poco importa nuestra tarea en el centro. El ángel de la guardia es fiel y, desde luego, instala su acción en el tiempo. No se interroga sobre el mérito de la persona que le han confiado. Dedicar tiempo para detenerse en lo que molesta, lo que acongoja. Lucha con su protegido contra la tristeza y el desaliento. Recuerda los éxitos, lo que se ha hecho bien. Lleva los deseos del corazón, sostiene las intenciones, ayuda a escoger.

Y la última cualidad, que no es la menor: actúa en secreto, no trata de sacar provecho de su acción. Quizás su ambición sea hacerse olvidar: el joven, para crecer plenamente, debe librarse también de aquel que lo ha ayudado.

De tal forma que la imagen del ángel de la guardia no es tan obsoleta como parece. Puede operar hoy para hablar de un crecimiento que se construye en una relación misteriosa, hecha de presencia activa, apremiante si hace falta, pero también de discreción y de respeto. La ambición del ángel de la guardia no es tener éxito en su misión sino ver a su protegido lograr a desarrollar lo "*mejor de sí mismo*" según la fórmula del texto de referencia menesiano. Lo "*mejor de sí mismo*" que, felizmente, es siempre misterioso. No pertenecerá ni a nosotros, ni a nadie definir los contornos. Incluso el joven lo descubrirá poquito a poco con la ayuda benévola de sus ángeles.